



1. Nuevos cardenales

LAS últimas semanas han sido pródigas en nombramientos cardenalicios por el Papa Juan Pablo II. De una parte, hombres a los que se premia su dilatada carrera de servicios a la santa Iglesia, aunque ni tan siquiera puedan formar parte del cónclave electivo por su edad. De otra, obispos y arzobispos del mundo entero y que oscilan entre 55 y 70 años, recorriendo una pirámide de edad plural y muy meticulosamente medida. Nombramientos llevados a cabo en dos momentos, otorgándole, así, más suspense a la cuestión, y dejando al cuerpo elector del Papa en situación de reunirse en todo momento para cumplir con su obligación. Juan Pablo II decidió, tras el año jubilar, darse el gustazo de cerrar en perfección cuantitativa el colegio cardenalicio. Las cosas de palacio, en orden y despacio.

No interesa entrar en esas pobres quinielas sobre quién pudiera resultar elegido en un próximo cónclave: además de la certera intervención del Santo Espíritu, las posibilidades reales son cuasi infinitas, si bien dentro de unos matices claramente conservadores. Puede que solamente un hombre de entre tantos resulte alternativo del conjunto, pero es tan evidente que no vale la pena tan siquiera citarlo. Todos los demás recorren esa gama tan querida por el actual pontífice que oscila desde un Martínez Somalo hasta un Giovanni Battista Re, pero puede ampliarse hacia Claudio Hummes, Avery Dulles y el mismísimo Juan Luis Cipriani. Insisto, prescindimos del juego de ruleta porque es hacer «cristianismo ficticio», siempre peligroso.

Sin embargo, un detalle, probablemente nimio, sigue llamando la atención de propios y extraños: el sistema o método que se sigue para elegir el cuerpo cardenalicio y la medida en que sus miembros serán electores del futuro sucesor de Pedro en Roma. Cuando la Iglesia se muestra tan plural y diferente en culturas, enfoques pastorales y vivencias históricas, ¿no parecería mucho más sensato que las diferentes conferencias episcopales tuvieran mayor protagonismo? Nada sugerimos de cambios concretos, porque para eso están los especialistas en Derecho Canónico y hasta la misma voluntad

papal. Nos limitamos a recordar esa multitud eclesial, toda ella perfectamente válida e inspirada por el Espíritu Santo, a la que se mantiene distanciada de un nombramiento de consecuencias decisorias para cada época de la santa Iglesia.

Sabemos que nunca es fácil modificar esquemas tan sólidamente asentados en la estructura actual del cuerpo eclesial. Es lógico. Pero el profetismo papal tampoco está encerrado en un extraño compartimento, como tantas veces nos ha demostrado el mismo Juan Pablo II. Por ello mismo, sería del todo asumible que él mismo o cualquiera de sus sucesores revisara la legislación en vigor y la perfeccionara abriéndola a un sentido más representativo de la pluralidad en la unidad eclesial. Y por ello hacemos votos, mientras esperamos con verdadera curiosidad los caminos que seguirá el actual colegio cardenalicio, al llegarle el momento de la «fumata bianca».

P. de P.

2. Depilación masculina

COMIENZA a proliferar por el territorio español una franquicia que lleva por nombre «*Masajes a 1.000*», y que proviene de esa fértil Barcelona, todavía hoy punta de lanza de lo más europeo en tierras españolas. En tales concretas franquicias, muy bien atendidas por expertas manos, siempre inmaculadas en higiene y a precios competitivos donde los haya, te masajean, te broncean, te manicuran, te embellecen y una serie de cuidados corporales cada vez más solicitados por las mujeres activas y los hombres estresados del momento. Excelente invento.

Pues bien, por casualidad, en un desmarque madrileño, recurrí a los servicios de una de tales franquicias: las cervicales protestaban a gritos y todos mis hombros parecían granito en estado puro. Llegué, me tumbé en la camilla privada, sonaba una tierna música de fondo, el profesional fisioterapeuta comenzó a pasear sus aplicados dedos sobre la piel, y emprendí un sueñecito suave y delicado... Cuando me desperté, el muchacho estaba junto a mí y

velaba ese estado somnoliento, con una enorme sonrisa en la boca: había cumplido con su deber. Y mientras me revestía en solitario, descubrí en la pared de enfrente un enorme marco que, hasta entonces, me había pasado completamente desapercibido. Sobre un fondo azulón, dominado por el sol más insistente, un chicarrón musculoso exhibía sus músculos tal que estuviera crucificado. Y sobre sus gemelos, aparecía este mensaje: «*Depilación masculina*». Quedé fascinado por ese trocito de íntima publicidad. Y al decirle al fisioterapeuta mi sorpresa, me respondió, entre risas, que era cada vez más frecuente que los señores llegaran y pidieran una depilación del entero cuerpo. Según añadió, algunas de sus parejas preferían que estuvieran así, con pelitos a la mar.

Los hombres convierten sus cuerpos en materialidades sin tropezón alguno, cual si fueran rosada carne de un recién nacido, privándola de toda velludez, y aproximándose a la materialidad carnosa de las féminas... en general. Las féminas, por el contrario, se integran en los gimnasios para ponerse cachas y exhibir producciones musculares completamente masculinas según los cánones tradicionales. Hay una imparable carrera hacia el *unisex*, que celebramos con vítores pero sin preguntarnos por sus consecuencias de todo tipo. Parece, según determinados sociólogos yanquis, que, mientras las facciones masculinas y femeninas tienden a insistir en sus diferencias, las materialidades corporales restantes pretenden asemejarse cada vez más. De tal forma que, en la oscuridad, el mero tacto apenas permita diferenciar a los machotes señores y las delicadas hembras. Insistimos, el *unisex*.

Y si, para colmo de curiosidades, los señores pueden tomar *viagras* y, de pronto, parece que las señoras pueden admitir un *estimulador eléctrico* de su columna vertebral con resultado erótico/festivo, entonces alcanzamos una cota siempre soñada desde los ambientes más débiles: los cuerpos igualitos (salvo lo hasta ahora imprescindible) y el deseo mecanizado por medio de química o de eléctrica, de manera que el señor y la señora se encuentren en el clímax de su relación interpersonal por obra y gracia de un fármaco y de un aparato integrado. Pura delicia de la ciencia y de su aplicación al cuerpo y reproducción humana, puesto que resulta del todo claro la relación intrínseca entre tales avances y la demografía mundial. ¿O no?

En fin, es el retorno al pasado. A ese pasado que advirtió, lentamente, cómo llegaban los bárbaros y se los comían con patatas.

Dennis Hooper

3. Vacas, uranios y extraños

DECÍAMOS en anterior escrito, y siempre con acento, que una de las características llamativas del momento presente es la imposibilidad de que la sociedad articule medios para contrarrestar los problemas suscitados por los avances tecnológicos. Mas todo esto, al final, acaba en menos de cualquier elemento mediático que, como sea, lo reconvertirá en acontecimiento digestible para el conjunto de la ciudadanía. Es decir, para usted y para mí. Todo dependerá de cómo se traten en la pequeña pantalla, en los mensajes radiofónicos y en las páginas periodísticas, además de la estricta publicidad y determinadas películas, cómics y música grabada. Como decía el viejo McLuhan, *el medio es el mensaje*. O, si se prefiere, *el medio es el masaje*. Tanto da.

¿Que por qué todo esto? Pues porque en este preciso momento, estamos asistiendo a una lección práctica del problema. Vacas locas y uranios empobrecidos y extraños inmigrantes son tres realidades que alcanzan naturaleza colectiva en la medida que se nos ofrecen mediáticamente, más allá de su realidad individual y verdadera. Porque nosotros, los ciudadanos españoles, en definitiva nada conocemos a ciencia cierta de estos tres fenómenos, antes bien estamos supeditados a lo que se nos comunique de ellos en los medios antes citados: televisión, radio, cine, prensa, compactos, publicidad y cosas parecidas. Vacas, uranios y extraños existen porque son material informativo. Pero veámoslo.

De las vacas locas nada sabíamos. En todo caso, alguna noticia indirecta desde tierras británicas. De pronto, se han convertido en la posible nueva plaga del nuevo milenio: de hacer caso a las misteriosas cifras que nos inundan, ¿cuánta gente europea debería estar saturada de priones? No porque ya hayan manifestado su presencia y sí porque estarán dormidos en nuestro interior, llevando adelante una sorda lucha hasta que estalle nuestra propia locura. ¿Persiste la preocupación?: solamente en cuanto las vacas locas forman parte de las noticias diarias y, por lo tanto, provocan una cadena de conversaciones y miedos planetarios. Si alguien (que existe) decidiera su desaparición en los medios, a nadie preocuparían las vacas locas. En absoluto. Hay problema de tal curiosa locura animal/humana porque se ha mediatizado. Y nada más. Lo que realmente suceda con tal locura queda para los científicos realmente serios. A nosotros, imberbes ciudadanos, se nos ha vendido lo visto.

¿Y el uranio empobrecido? Exactamente lo contrario. Seguramente, ni a USA ni a la UE gustó el descubrimiento de tan desagradable asunto, que

arrancaba de la Guerra del Golfo. Y han decidido eliminarlo del horizonte informativo y mediático, relegándolo a una muy secundaria localización entre tanta noticia como anda suelta. Solamente, alguna breve intromisión de carácter científico, por llamarlo de forma elegante, para paliar la primera información y destilar bonhomía respecto de tanta podredumbre militar e internacional. Que los yugoslavos sirvieron de experimento, ya quedó claro. Que los soldados de la OTAN sufrirán los desperfectos, también. Y una tupida manta de silencio se adueñará del terrible mercado tecnológico, hasta que alguien en concreto venda a algún medio su caso con ribetes de muerte y de dolor, siempre capaz de verse y escucharse. En esta cuestión, a nosotros, los ciudadanos se nos ha vendido el silencio.

Llegamos a los extraños inmigrantes/emigrantes. A pesar de una Ley de Extranjería impresentable y de una saturación informativa durante semanas, la cosa va cediendo en beneficio de otras realidades más llamativas por nuevas. Esta gente molesta. Esta gente no comprende. Esta gente es dura de mollera. Y por lo tanto, en una de las medidas más inteligentes de los recientes siglos, se devuelve a los ecuatorianos sin papeles a su casa, se les promete poder retornar y, en fin, se lanzan al estrellato de la miseria. Mientras, se les aprovecha en el campo y en las fábricas. Se les paga poco. Se abusa de ellos. Y cuando montan un dispositivo de huelgas en las iglesias (benditos sacros recintos), las autoridades les reprochan el tremendo chantaje ejercitado sobre el Estado, a todas luces bueno y comprensivo. Pero nos están cansando con sus lamentos y con sus repetitivas pateras, siempre igual y nada originales, como no sea algún muerto en posición fotogénica. A nosotros, pobrecitos ciudadanos, se nos ha vendido el olvido.

Menudo acento tiene todo esto, esta sarta de barbaridades mediatizadas por mediáticas. Pero hoy mismo, cuando se escribe todo esto, resulta que en varias capitales mundiales se ha publicado *el análisis del genoma humano*, el mapa de la vida, el no va más del no va más. Y la fiesta continúa: una noticia bomba irrumpe en las primeras páginas, se desatan los comentarios, unos a favor y otros en contra, sin que nosotros, ciudadanos de la nueva galaxia informativa, consigamos saber nada de nada sobre tan grave cuestión. Eso sí, un diario capitalino apunta lo siguiente: «*Los genes humanos son islas de sentido en un inmenso océano absurdo*». Y uno cree recordar que algo semejante escribió Camús...

P. de P.

4. Entrevistas

ME encantan las entrevistas como género periodístico. No esas improvisadas sobre la marcha, micrófono abierto, a cualquier famoso de turno, llenas de incorrecciones formales y vacías de contenido. Sí las preparadas por parte del entrevistador y el entrevistado, que se traducen en un inteligente juego dialéctico y dejan un poso de fondo que invita a reflexionar.

Siempre veo la entrevista que, de lunes a sábado, y desde hace mucho tiempo, ocupa la última página de un diario importante. Entre la variada gama de personajes que desfila por esa pasarela de papel, hay científicos, catedráticos, inventores, filósofos, escritores, deportistas, técnicos, artistas... Pero, aquí viene mi extrañeza: en esa diversidad humana y profesional tan plural de gente entrevistada, suele haber un denominador común: la inmensa mayoría de ellos/as —¿un 90 por 100?— muestran alergia a la dimensión religiosa. Si no se proclaman abiertamente ateos, se declaran agnósticos, o se confiesan ajenos a cualquier práctica creyente. Raros son los interesados por la trascendencia.

Mi interrogante surge de esta constatación: ¿cómo es posible que la proporción entre las personas dignas de ser entrevistadas y la gente de a pie sea inversamente proporcional a su postura religiosa positiva? Si, en los sondeos sociológicos anónimos, un 90 por 100 de los entrevistados se declara creyente, ¿por qué quienes tienen algo que decir en un medio de comunicación son precisamente ese resto del 10 por 100 increyente? ¿Es que los que compaginan su fe con cualquier actividad profesional importante carecen de cosas dignas de ser escuchadas? No sé si la explicación a esta anomalía es la pura casualidad o está causada por una selección intencionada. Los hábiles entrevistadores tienen la palabra.

R. A.